

A close-up photograph of a hand reaching out from the right side of the frame. The hand is positioned as if about to grasp something. The background is a soft, golden glow from a low sun, with out-of-focus tree branches and leaves. The overall mood is contemplative and serene.

NOELIA AMARILLO

El sacrificio del Verdugo

TERCIOPELO

El sacrificio del Verdugo

Noelia Amarillo

EL SACRIFICIO DEL VERDUGO Noelia Amarillo

Cuando las dríades se mezclan con los hombres, las reglas que rigen la pasión mutan.

Un rumor recorre el Reino del Verdugo. Una joven de singular belleza camina desnuda entre los robles del Bosque Prohibido. Se trata de una salvaje dríade que atrapa en sus redes de placer a los incautos que, desafiando la ley, osan adentrarse en la mágica floresta. Hay incluso quien asegura que es Aisling, la hija bastarda del rey...

El trabajo de Kier consiste en crear útiles tallas de madera con las que dar placer a las damas. Un trabajo que no le agrada y que además tiene un gran inconveniente: para evitar encontronazos con maridos furiosos debe satisfacer los encargos de las damas en el Bosque Prohibido y, cada vez que penetra en este, se siente observado...

Oculto entre las ramas de los robles, Aisling observa en silencio aquello que anhela compartir. Pero un día, a pesar de las órdenes y consejos de quienes la protegen, abandona la seguridad del Bosque para poseer a aquel que desea.

ACERCA DE LA AUTORA

Noelia Amarillo nació en Madrid el 31 de octubre de 1972. Creció en Alcorcón (Madrid) y cuando tuvo la oportunidad se mudó a su propia casa, en la que convive en democracia con su marido e hijas y unas cuantas mascotas. En la actualidad trabaja como secretaria en la empresa familiar, disfruta cada segundo del día de su familia y amigas y, aunque parezca mentira, encuentra tiempo libre para continuar haciendo lo que más le gusta: escribir novela romántica.

ACERCA DE LA OBRA

«Lo cierto es que Noelia Amarillo tiene la facultad de enganchar desde el principio y hacerte leer hasta el final.»

NOVELAROMANTICA-CRITICAS

«Lo que me gusta muchísimo de Noelia Amarillo es que ella sí sabe cómo terminar un libro. Historias bien cerradas, sin detalles olvidados o dudas por resolver. Así que chapó.»

LAPLUMADECUNNINGHAM

Para mis dos dríades, Livia y Raquel.

Nota de la autora

Quien me conoce sabe que soy verdaderamente obsesiva con los nombres que doy a mis personajes. Necesito que tengan un significado. En esta historia, esa obsesión es todavía más pronunciada. No solo exigía que tuvieran un significado acorde a lo que quería que los personajes transmitieran, sino que era preciso que pudieran relacionarse fonéticamente con los actores de esta novela y el lugar del que procedían. Además, los de las dríades requerían cierta musicalidad y, en el caso de los meses del año, cierto significado.

Aisling: sueño, visión (gaélico o irlandés)

Fiàin: salvaje (irlandés)

Gard: guardia (galés)

Iníon da faroise: hija del bosque (irlandés)

lobairt: sacrificar (irlandés)

lolar: águila (irlandés)

Kier: pequeño oscuro (gaélico)

Máthair Mór: gran madre (irlandés)

Milis y Grá: dulce y amor (irlandés)

Con respecto a los meses, tras mucho pensar opté por el calendario celta, en el que cada mes está representa-

do por un árbol. Aunque este calendario consta de trece meses, a mí solo me hacían falta cuatro, por tanto desarrollé mi historia basándome en la simbología de esos cuatro meses. Debo reconocer que me tomé la licencia de extrapolar esos nombres a los meses exactos que a mí me cuadraban (los meses celtas no se corresponden en días con los nuestros).

Uath (mayo): espino. Simboliza la purificación y la castidad forzosa.

Duir (junio): roble. Simboliza la solidez, la fuerza y la longevidad.

Tinne (julio): acebo. Simboliza la superación en la lucha.

Coll (agosto): avellano. Simboliza el conocimiento.

Y por último y no menos importante, a lo largo de las páginas de este libro, podréis comprobar que las dríades que he imaginado no se parecen en su origen ni en su personalidad a las que describe la mitología griega. Esto tiene un motivo muy simple: mi desquiciada imaginación es incapaz de seguir ninguna norma, ni siquiera aquellas que dictaron los griegos hace tantos, tantos años.

Érase una vez una leyenda...
Una mujer inmortal de vida efímera.
Un rey perdido en certezas equívocas.
Un hombre inmerso en un presente sin futuro.
Una joven prohibida anhelando caricias.
Un bosque encantado, una ciudad de sacrificio, un reino.
El reino del Verdugo.

Prólogo

15 de uath (mayo)

«Despierta, él está en la linde del bosque.»

Aisling parpadeó al escuchar el susurro de los robles. Se estiró perezosa sobre la rama en la que se había quedado dormida y sonrió a sus amigos, agradecida por el aviso. Las hojas, brillantes por el rocío del amanecer, tintinearón en respuesta. Varios metros por debajo de ella, *Blaid* y *Dorcha* alzaron sus cabezas y gruñeron, disconformes con los paseos de la joven por las fronteras de su verde reino. Aisling los ignoró y, sin pensárselo un instante, tensó su esbelto y flexible cuerpo y saltó a un enorme roble cercano, el cual extendió sus ramas y la acogió en ellas. Un segundo después, la muchacha saltó a otro, y así, de árbol en árbol, llegó hasta la línea de serbales que marcaban la frontera entre el bosque mágico y el real. Bajó de entre las ramas y recorrió el resto de la fronda a pie, hasta llegar a los eucaliptos que demarcaban el final del bosque prohibido. Se detuvo, trepó sobre la copa de un frondoso aliso y observó silente.

Él estaba sentado sobre un enorme tocón cubierto de musgo, cerca de la Cañada Real. Sujetaba un saco de arpillera mientras mordisqueaba una brizna de hierba. Aisling se fijó en las rudas y morenas manos, en los estilizados dedos que asían lánguidos el tosco cordel que ataba el fardo. Observó con deleite sus anchas espaldas, apenas ocultas por el chaleco de cuero que usaba, y se mordió los labios anhelando acariciar su despeinado cabello negro, lar-

go hasta los hombros. Oteó impaciente el horizonte, deseando que quien tuviera que llegar lo hiciera pronto, para que él se levantara de su improvisado asiento y se adentrara furtivamente en el bosque.

Pocos minutos después, una nube de polvo le indicó que la espera había terminado.

Una mujer vestida con elegante lujo se detuvo a escasos centímetros del hombre, le saludó con un gesto altivo de su aristocrática cabeza y obligó a su montura a adentrarse entre los árboles. Él se levantó indiferente, sacudió de sus calzas el polvo que caballo y jinete habían levantado, se echó el saco al hombro y siguió a la dama con indolencia.

Aisling se apresuró a cambiar de rama hasta volver a quedar sobre ellos. Observó a la mujer bajar del corcel y esperar al hombre en aparente calma, mientras sus manos nerviosas no dejaban de frotarse contra la exquisita falda de su traje de terciopelo azul.

Él llegó hasta el pequeño claro del bosque, dejó caer el fardo al suelo y, sin mediar palabra, lo abrió y sacó un paquete envuelto en tela basta. Se lo tendió a la mujer. Esta arqueó las cejas y juntó las manos, negándose a tocar el áspero tejido. El hombre se encogió de hombros y, acostumbrado como estaba a los caprichos de las damas, abrió él mismo el envoltorio y le tendió el contenido a la vez que le indicaba su precio. La mujer se mordió los labios y estiró sus delicados dedos de uñas pulidas y piel sin mácula para tocar el objeto. Lo acarició durante un segundo y luego dejó caer la mano y habló.

Aisling aguzó el oído.

—¿Cómo sé que esto me dará la satisfacción prometida? —preguntó la dama, altiva.

—La duquesa de Neidr os dio referencias de mi trabajo —contestó él, fingiendo respeto.

—También me aseguró que podría probarlo antes de decidirme a comprarlo.

—Si así lo deseáis, pero os costará tres monedas más.

—También me dio noticia de cierto bálsamo para hacer la labor más... placentera.

El hombre puso los ojos en blanco, comenzaba a cansarse de los rodeos y las frases con doble sentido de las nobles. Prefería con diferencia la sinceridad cortante de los mercaderes.

—Si no es correcto... —La mujer dejó la frase en el aire. Él se apresuró a dibujar una mueca servil en su rostro.

—Es correcto, milady. Podéis probar todo aquello que deseáis —aceptó realizando una reverencia.

—Enseñadme el bálsamo, y también las... fundas.

El hombre sonrió, esa mañana haría un buen negocio. Sacó del fardo un bote de barro cocido y una taleguilla de tela, abrió ambos y le mostró a la dama su contenido.

La mujer se lamió los labios e introdujo un dedo en el tarro, lo sacó impregnado de un preparado denso con fuerte olor a eucalipto. Se lo llevó a los labios y chupó. Luego cogió una de las fundas y la estiró entre los dedos, acariciándola para sentir su suavidad.

—¿Cuánto?

—Dos monedas por cada funda, cuatro por el bálsamo y diez por la verga de madera forrada en cuero. Si deseáis probarla, serán tres monedas más.

—¿Y si solo quiero probarla y me niego a comprarla?

—Milady, en cuanto la probéis, querréis haceros con ella.

—Pareces muy seguro de lo que dices.

—Ninguna dama se ha quejado nunca, milady.

—La probaré primero, luego decidiré.

—En ese caso, dadme mis tres monedas y levantaos la falda.

—No pienso mostrarte mis partes íntimas.

—Entonces doy por finalizado el negocio. No puedo trabajar sin ver lo que hago. —El hombre hizo una reverencia y comenzó a envolver de nuevo los enseres.

—La duquesa me habló de cierta postura...

—Oh, por supuesto, disculpad mi ineptitud. Lo olvidé. —Miró a su alrededor buscando el lugar adecuado y cuando lo encontró se dirigió hacia allí e hizo una nueva reverencia, mostrándoselo a la dama.

La mujer le siguió, miró el alto abedul que había elegido y arqueó las cejas.

El hombre sonrió para sí —«jodidas aristócratas»—, sacó del fardo una suave tela de lino y envolvió con ella

parte del rugoso tronco. La mujer asintió satisfecha, sacó de un pliegue de su vestido tres monedas, las tiró al suelo y se colocó frente al árbol.

El hombre apretó los dientes con fuerza para no pronunciar palabras de las que luego se arrepentiría y se arrojó tras ella. Recogió las monedas, las guardó en su talega y se metió bajo las lujosas faldas de la *virginal damisela*. El aroma pesado del sexo de la mujer le envolvió hasta casi marearle.

«Lujosos vestidos, pomposos peinados, suntuosas joyas y, bajo la ropa, costras de mierda en el coño», pensó asqueado.

—Abrid las piernas, milady. Por favor —se acordó de suplicar.

La mujer obedeció presurosa. La reputación del hombre acompañaba en susurros cada una de las reuniones femeninas de alta alcurnia a las que asistía. Si de verdad sus... enseres, eran tan prodigiosos como decían sus amistades, valía la pena sufrir el roce de sus callosas y repulsivas manos.

Kier escupió sobre sus dedos y acto seguido los hundió en el tarro de aceite. La mujer no notaría la diferencia y él llevaría a cabo su pequeña venganza.

Posó la palma de su mano sobre el sexo pestilente de la dama y comenzó a masajearlo. No le hizo falta mucho esfuerzo, la *gentil damisela* estaba completamente mojada. Introdujo tentativamente dos dedos en su vagina, y pronto les siguió un tercero. Se alegró de haber hecho caso a su instinto y haber fabricado una verga bien gorda y larga. La zorra estaba tan dada de sí que si se lo proponía podría meterle la mano hasta la muñeca, pero ella no había paga-

do por ese trabajo y, por tanto, él no lo haría. Cuando la escuchó gemir, alejó los dedos de su sucio coño, cogió el enorme falo forrado de cuero y la penetró con fuerza y hasta el fondo.

La mujer gritó extasiada.

Kier puso los ojos en blanco y bufó entre dientes. «Putas ruidosas.» Sin dejar de meter y sacar el enorme objeto, posó el pulgar sobre el endurecido clítoris y comenzó a presionar rítmicamente sobre él; cuanto antes acabaran, antes le pagaría y antes podría salir de debajo de su nauseabunda falda. Empujó con fuerza el dildo en el interior de la vagina y pellizcó el clítoris entre los dedos.

La mujer tembló, pronto llegaría al éxtasis.

—La... duquesa me informó de otro... —jadeó ella incapaz de hablar—. Más fino... adecuado para...

Kier sacó la cabeza de debajo de las faldas y recibió con gusto el aire puro y fresco del bosque. Respiró hondo un par de veces antes de hablar.

—La verga para las posaderas cuesta seis monedas más; si deseáis probarla, el precio subirá de tres a siete.

—¿Más del doble solo por...?

—Ese es el precio, milady. El culo es más delicado, hay que tratarlo con cuidado y por eso es más caro.

La mujer buscó de nuevo en el pliegue de su falda y dejó caer de entre sus dedos temblorosos otras cuatro monedas.

Kier se apresuró a recogerlas.